

SAN JUAN DE SAHAGÚN, CONFESOR

Día 12 de junio

P. Juan Croisset, S.J.

San Juan de Sahagún, uno de los más brillantes ornamentos del sagrado Orden de los Ermitaños de San Agustín, nació por los años de 1419 en la villa de Sahagún, pueblo considerable por aquellos tiempos, perteneciente al reino de León, de donde tomó el sobre nombre, dejando el propio apellido de su familia, al modo que la misma villa tuvo de San Facundo esta denominación: Sus padres, Juan González de Castrillo y Sancha Martínez, muy distinguidos por su nobleza, pero más por su piedad, vivían con el desconsuelo de no tener sucesión, y, deseosos de obtenerla, recurrieron por medio de reverentes súplicas y fervorosas oraciones al Cielo, solicitando su bendición é interesando para conseguirla á la Santísima Virgen; invocaban su protección con reverentes instancias ante una prodigiosa imagen venerada con mucha devoción en una ermita contigua al pueblo. Oyó el Señor con agrado sus peticiones, concibió Sancha, y dio á luz un modelo de perfección, al que se siguieron otros muchos hijos que se dignó concederle la divina piedad.

La docilidad con que Juan desde niño atendía á los laudables consejos de sus padres, la natural propensión á la virtud, sus activas inclinaciones á todo género de obra buena, con especialidad á las humillaciones y mortificaciones , y, en fin, la madurez de juicio que mostró en sus tiernos años, hicieron conocer desde luego cómo Dios le había elegido para siervo suyo; y así solía decir el padre que, el que viviera, vería á su hijo santo.

Todo el pueblo estaba poseído de una extrema admiración, observándole distraído enteramente aun de los inocentes entretenimientos propios de la primera edad, siempre ocupado en los ejercicios de devoción. Tenía la sencilla costumbre de reprender á los niños aquellas vivezas y travesuras que pasan por naturales en la puerilidad.

Aplicáronle sus padres al estudio de las letras en el monasterio de religiosos benedictinos de la misma villa, donde, se instruyó en las facultades que se enseñaban en aquella escuela; pero hizo todavía mayores progresos en la ciencia de los santos. Facilitó su padre que se le diera el beneficio curado de Codornillos, para que á sus expensas siguiera la carrera de los estudios, valiéndose de un servidor para las funciones parroquiales; pero á pocos meses lo renunció por escrúpulos de conciencia.

Hallándose á la sazón un tío suyo entre los familiares del arzobispo de Burgos, persuadió al padre de Juan que le acomodase con este prelado, que le recibió en su familia, como una cosa venida de la mano de Dios. Y experimentando por su trato el fondo de virtud, devoción y justicia que se encerraba en el corazón de Juan, persuadido igualmente de la grande utilidad que resultaría á la Iglesia consagrando á su servicio un ministro de tanto espíritu y celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas, le ordenó de sacerdote, y le concedió una canonjía y un beneficio de Tafiebuis, además de una rectoría y de dos capellanías que le dio el abad de Sahagún, en prueba del singular amor que le profesaba. Aceptó nuestro Santo á los principios estas presentaciones; pero luego hizo dimisión de todas sus rentas, con admirable desinterés, deseando vivísimamente observar una evangélica pobreza, y pidió permiso á su arzobispo para dedicarse enteramente al cultivo de la viña del Señor. Obtenida sin limitación la

licencia, se asignó á la iglesia de Santa Águeda, donde comenzó á predicar en el tono de un apóstol, siguiéndose generalmente el fruto de admirables conversiones al fervor de sus exhortaciones y á la viveza de sus discursos.

Después de algún tiempo que continuó en Burgos ejercitando las funciones de su misión, llegaron á sus oídos las tristes nuevas de la guerra civil en que ardía la ciudad de Salamanca con motivo de la enemistad de dos familias, Monroyos y Manzanos (Dos hermanos de la familia de los Manzanos dieron muerte a dos hijos de Doña María de Monroy, llamada vulgarmente la *Brava*. Esta animosa é intrépida señora, poseída tanto de su dolor como del espíritu de venganza, quiso tomarla de aquellos, que se habian retirado; siguióles disfrazada en traje militar hasta Portugal, y, habiéndoles cortado las cabezas por su propia mano, las trajo en la punta de una lanza, y las puso, por trofeo sobre el sepulcro de sus hijos. Una acción tan ruidosa sorprendió a las gentes y encendió tal odio entre ambas familias, una y otra poderosas en Salamanca, que, dividida en bandos toda la nobleza, con presunciones de haber transcendido al pueblo inferior, hacia casi un siglo que sufría esta funesta fermentación, sucediendo muertes todos los días, sin perdonar el furor hasta las mismas iglesias.) los cuales, trayendo á su partido una porción de la ciudad, lo tenían todo alborotado y entregado el pueblo á la ira y á la venganza. Compadecido San Juan de Sahagún de tamaña desventura, determinó emplear en su remedio el talento de la predicación que Dios le había comunicado. Marchó, pues, á Salamanca, y en el primer sermón que se le ofreció predicar, que fue en la festividad de San Sebastián mártir, en su propia iglesia parroquial, fue tanto el ardor con que declamó contra los vicios que la dividían, contra el odio, la enemistad y la venganza, que desde luego le miraron como otro Jonás, censor severo de las abominaciones de Nínive. Halláronse presentes al

discurso los colegiales del mayor de San Bartolomé, fundado por Don Diego Anaya, obispo de Cuenca, en el año de 410, y, admirando el fuego apostólico del orador, le rogaron que admitiese la beca de capellán en el mismo colegio para seguir con mayor comodidad su carrera. Hízolo así Juan; se incorporó en el colegio, recibió los grados mayores en aquella Universidad, y repartió el tiempo con tan exacto orden que, sin hacer falta á las tareas del estudio, se empleaba, infatigable en el ejercicio de su ministerio sacerdotal por todas las iglesias de la ciudad.

Por su ardiente aplicación al estudio, por las extremas fatigas de un ejercicio casi diario, y por el indecible rigor de las penitencias con que castigaba su cuerpo, cayó en la gravísima enfermedad de dolores de piedra, que le pusieron á peligro de morir, sin otro remedio que el de permitirse á una cruenta operación. Resolvióse Juan á sufrirla, ofreciendo con solemne voto á Dios abandonar el siglo y entrar en religión, si sobrevivía á la violenta y arriesgada curación. Permitió el Señor que el suceso fuese enteramente feliz; y apenas se restableció, cuando puso en movimiento todos los medios necesarios para cumplir su promesa. Eligió el Orden de los Ermitaños de San Agustín; y admitido en el convento de Salamanca, con imponderable gozo de toda la comunidad, tomó el hábito en el día 18 de Junio de 1463, estando en los cuarenta y cuatro de su edad.

Ningún novicio principió con mas fervor las primeras pruebas de la disciplina regular; su pobreza evangélica, de que tenía dados repetidos testimonios; su ciega obediencia, su exacta asistencia al coro y á los divinos Oficios, su continua oración y sus terribles penitencias, fuera de las mortificaciones ordinarias del noviciado, tenían asombrados á los más perfectos religiosos. Profesó en día de San Agustín del año siguiente de 1464. El

primer Oficio que los superiores fiaron á su capacidad fue el de maestro de novicios; y lo desempeñó con tanta prudencia, dulzura y discreción como lo acreditaron su ejemplar conducta, su religiosísima vida y los discípulos que entraron en la religión por los años que ejerció este ministerio nuestro Santo.

Todos los días celebraba con tanta ternura y devoción, que, empleando muchas horas en la Misa, llegó el caso de no haber quién le ayudase, y de mandarle por obediencia el superior que abreviara para no ser molesto á los oyentes. Obedeció Juan por algún tiempo; pero, conociendo que se le privaba de muchos consuelos celestiales que ínterin la acción del sacrificio le dispensaba el Señor, suplicó humildemente al prior que le alzase el precepto por justas causas. Obligóle éste á declararlas, y lleno de una santa confusión le dijo ser porque Jesucristo en carne humana se le manifestaba visiblemente en aquel acto, unas veces con las señales de su pasión y otras glorioso, enseñándole varios misterios, é instruyéndole sobre lo que había de predicar. Oyó lleno de asombro el prelado la genuina y sencilla relación de nuestro Santo, y ordenó que en adelante le asistiesen los ministros de la sacristía. Por deposición de una persona fidedigna consta que, aplicándose un día á mirarle de cerca, le oyó decir (teniendo la hostia en sus manos antes de comulgar, y permaneciendo en la misma postura por espacio de un cuarto de hora: *Señor, yo no te puedo recibir, si no te vuelves á la primera especie eucarística.* Muchos de Salamanca habían llevado á mal que el Santo se hiciese religioso, temiendo que, según la costumbre de las religiones, le trasladarían á otro convento, privando á Salamanca del apóstol que Dios le había enviado para remedio de su ruina. Avivaba esta pena la experiencia dolorosa de haber visto renacer los bandos en el tiempo que fue novicio, y que no había esgrimido contra ellos la ardiente espada de la divina palabra. Pero todos estos

temores fueron vanos, porque sus prelados no quisieron privar á la ciudad del don que Dios la había concedido, ni el Santo dejó, por ser religioso, de emplearse con nueva fuerza y vigor en sus antiguos sermones. Comenzó á combatir de nuevo el odio, la enemistad y los sangrientos delitos y horrorosos sacrilegios en que aquellos vicios precipitaban á los ciudadanos. Como el Santo había cobrado nuevas fuerzas y vigor con el estado religioso, se explicaba con más vehemencia contra la fealdad de sus vicios, y contra la libertad y tiranía de los revoltosos. Esto le concilio gravísimas pesadumbres. En cierta ocasión se imaginó un magnate que había hablado con injuria suya en uno de sus sermones; resentido como de una ofensa verdadera, buscó asesinos para que le vengasen, quitándole la vida, ó á lo menos le hiriesen de forma que le sirviera de escarmiento. Quisieron ejecutar el impío proyecto al salir el siervo del Señor de la iglesia de Santo Tomás; pero al primer impulso de acometerle quedaron inmóviles, pasmados, y los brazos sin actividad, hasta que, reconociendo su error y postrados á los pies del Santo, le pidieron perdón.

Pero, entre todos los casos que dieron en qué ejercitar la paciencia de este siervo de Dios, merece un lugar muy distinguido el que le sucedió con D. García de Toledo, duque de Alba. Fue el Santo á predicar á esta villa, y, hablando en el discurso del sermón de la conducta de los grandes, afeó en gran manera la tiranía con que oprimían á sus vasallos, cargándolos con insoportables tributos y gabelas. Afeóles, además de esto, el tesón con que fomentaban y sostenían los bandos, declarándose protectores de los partidos. Entendió él duque que lo había dicho por él, y en presencia de varios caballeros dijo al Santo cuando fue á despedirse: *Padre, bien habéis soltado hoy vuestra lengua; y pues habéis hablado descortés y atrevidamente, no sería mucho que se os diese el pago*

de vuestro loco decir por éstos caminos. Respondió el Santo, lleno de mansedumbre: *Señor, él oficio de predicador no es de decir lisonjas, sino la verdad de Jesucristo: todos los males que me puedan venir son mucho menores que el detrimento de mi alma. Yo no he intentado ofender á persona alguna, sino cumplir con mi ministerio apostólico, declamando contra los vicios. Dios, que está en el Cielo, ve la inocencia de mi corazón, y en El confío que sabrá defenderla.* Dicho esto, se despidió del duque y demás caballeros, y tomó el camino de Salamanca. Unas palabras que habían de producir la compunción y arrepentimiento, irritaron más el enojo del duque, quien mandó á los criados que tomasen caballos y armas y saliesen al camino á matar á aquel fraile. Pusieron en ejecución la orden de su amo, y, alcanzando al Santo en un sitio despoblado, conoció su compañero sus perversas intenciones y las dio á entender al Santo con temor. Este, lleno de confianza en la bondad divina, le respondió sin alterarse: *No tengáis cuidado, hermano, ni os asustéis al ver tan cerca de vos los caballos y las lanzas; que si Dios está con nosotros, ninguna fuerza hay en este mundo que pueda dañarnos ni en un cabello de la cabeza.* Verificóse así; porque apenas los desalmados escuderos, enristradas las lanzas, quisieron poner por obra sus sacrílegos intentos, cuando, tanto los caballos como los caballeros, se quedaron parados por divina virtud, y agitados de una convulsión tan violenta, que los puso en términos de perder la vida. Conocieron inmediatamente que aquél era castigo con que el Cielo vengaba la atrocidad de su delito. Dieron voces al Santo pidiéndole perdón y que les socorriese en aquella miseria, á las cuales acudió San Juan de Sahagún, y, echándoles su bendición, concedió la sanidad y la vida á los que venían en ánimo de quitársela. A la misma hora que esto sucedía en el campo, padecía el duque en su pueblo una fatiga y convulsión, que llevaba por puntos al último extremo. Llegaron los escuderos, refirieron lo que

les había pasado: una luz sobrenatural le manifestó al duque todo el horror de su delito; y enviando mensajeros al prior de San Agustín, le pidió encarecidamente que le enviase el santo fraile Juan, bien cierto de que, si tardaba, no le hallaría con vida. Condescendió el prior a esta súplica: entró el Santo donde estaba el duque, el cual, luego que le vio, se arrojó de la cama, se puso á sus pies de rodillas confesando su culpa con lágrimas, y pidiéndole que alcanzase de Dios misericordia. El Santo le consoló; le dio saludables consejos para lo futuro, y, haciendo oración por él, quedó repentinamente sano. Dio el duque muchas gracias á Dios por tan grande beneficio, y al convento de San Agustín de Salamanca muchas limosnas, entre las cuales un zamarro y unos corporales, que se conservan todavía en el sagrario del convento, como prendas de tan grandes maravillas.

A la virtud de la predicación, de la oración, de la caridad y la penitencia juntaba el Santo otras muchas, que le constituían en un grado sublime de santidad. Sin embargo, era tan bajo el concepto que tenía de sí mismo, y tan grande el temor de que su alma tuviese la menor mancha, que frecuentaba el sacramento de la Penitencia como si fuera muy defectuoso.

A tan sublimes virtudes y tan excelentes favores quiso el Cielo juntar el don de profecía con que pronosticaba las cosas futuras y descubría los ocultos secretos del corazón, y una superioridad sobre los elementos que le hicieron célebre con repetidos milagros. Predicaba en cierta ocasión en la iglesia de San Lázaro de Salamanca, y, conmoviéndose algunas personas que estaban entre si enemistadas, les mandó el Santo que se aquietasen, porque el primero que incomodase, turbando él auditorio, quedaría repentinamente muerto; lo cual se verificó. Experimentó igualmente esta virtud de penetrar los corazones una

mujer que había propuesto matar á una hija, porque del trato con cierto hombre había quedado deshonrada. Llegóse esta mujer, entre otras varias, á besar la mano á San Juan de Sahagún, cierto día que pasaba por la calle: negósela, diciéndola al oído: *No te la quiero dar, porque estás endemoniada*. Turbóse la infeliz oyendo esto: fuese al convento y, postrándose á los pies del Santo, le suplicó la dijese la causa de lo que había dicho. Entonces San Juan de Sahagún la reveló todo el secreto, diciendo el estado de preñez en que se hallaba su hija, y el proyecto que tenía de matarla: persuadióla á que no lo hiciese, asegurando que aquel hombre se casaría con ella y vivirían pacíficamente en el santo matrimonio. Quedó la mujer admirada viendo la verdad de cuanto decía tocante á su persona, y de lo demás lo certificó la experiencia.

A proporción de estas maravillas fueron las que ejecutó el Santo por el dominio que tenía sobre las aguas. Una de ellas fue, que habiendo caído un niño en un pozo á la sazón que el Santo pasaba por aquella calle, movido de las lágrimas de su madre, echó la bendición á las aguas del pozo, y éstas crecieron inmediatamente hasta el brocal, trayendo sobre sí al niño sin padecer lesión alguna. Alargóle él Santo la correa, y, asiéndola la criatura, se le entregó salvo á su madre, en quien eran iguales los extremos de alegría y los votos y gracias que ofrecía al Cielo. En otra ocasión venia de predicar de Alba; y como su atención la llevaba por lo común en las cosas de Dios, cayó impensadamente en el río Tormes, y cuando todos los que le vieron caer tenían su muerte por cierta, pues la corriente le había arrebatado y hecho pasar por tres paradas de aceñas que á la sazón molían, vieron con admiración que salió sano y enjuto como si no hubiera estado en el río.

Una vida tan santa, llena de todos los ejercicios de

las virtudes; una fe viva que el Hijo de Dios premiaba con la vista corporal de su gloria en el Sacramento; una esperanza colocada en el Señor, por la cual cedía de su derecho toda la naturaleza cuando el Santo la mandaba; una caridad ardiente que se dirigía al beneficio del alma y del cuerpo, predicando, confesando, padeciendo injurias y pidiendo limosna para socorrer á los pobres; la destrucción de unos bandos que no pudieron apaciguar tres reyes: todo este conjunto prodigioso no podía menos de mover los corazones sensibles á admirar y venerar tanta virtud junta. En efecto, San Juan de Sahagún era aclamado públicamente por Santo. Quiso el Cielo premiar sus virtudes y trabajos, llevándole á gozar de la gloria que éstos merecían. Pero en esto mismo manifestó la predilección con que miraba á este gran siervo de Dios, permitiendo que muriese por predicar contra la deshonestidad como el Bautista. Se tiene por cierto que una mujer poderosa, de cuyos lazos torpes había el Santo librado a un caballero, le dio veneno, con que se fue poco á poco secando.

Siguióse al suceso dicho la muerte de nuestro Santo, lleno de merecimientos, en el día 11 de Junio de 1479, quedando su rostro con una extraordinaria hermosura, y su cuerpo flexible, despidiendo un suavísimo olor, al que dieron sepultura en la iglesia de su convento de Salamanca, después de haberle tenido algunos días en el féretro, para satisfacer la devoción de las innumerables gentes que concurrían á venerarle. No tardó el Señor en acreditar la opinión de santidad que siempre tuvo su fiel siervo, por medio de repetidos milagros, que hicieron célebre su sepulcro, visitado por lo mismo de la reina Doña Isabel, Fernando V, Carlos V y los reyes Felipe II y III, los cuales dieron motivo á que se tratase de su beatificación y canonización, y que se hiciese la traslación de sus reliquias en él año 1533 á una capilla de Nuestra Señora, y de ésta á otra, dispuesta en forma

de tabernáculo, en el de 1569, donde hoy se veneran. Los procesos justificativos se pusieron en estado en el de 1525, y se reasumieron en el de 1545, continuados bajo diferentes Papas, á instancias de los reyes de España y de los eremitas de San Agustín; en virtud de los cuales le declaró beato Gregorio XIII en el año 1572, y en 9 de Junio de 1601 concedió Clemente VIII que pudiese celebrarse su Oficio por todo el clero secular y regular de Salamanca; cuyo indulto, aplicado después á la Provincia de Eremitas Agustinos de Castilla, extendió Su Santidad á todo el Orden y pueblos de Sahagún y Cea en 11 de Octubre de 1603. Con todo esto, no se cesó en proseguir la causa hasta su canonización, que hizo con efecto, con las solemnidades acostumbradas, la Santidad de Alejandro VIII en 16 de Octubre de 1690, juntamente con las de San Lorenzo Justiniano, San Juan Capistrano, San Juan de Dios y San Pascual Bailón.

Escribió San Juan de Sahagún unas Confesiones de su vida, y notas marginales sobre la Biblia y, sobre la Suma Bartolina.

La Misa es en honra de San Juan, y la oración la que sigue:

¡Oh Dios, que sois autor de la paz y amante de la caridad, y que adornasteis al bienaventurado confesor Juan con la gracia maravillosa de reconciliar á los enemistados! Concédenos, por sus méritos é intercesión, que, firmes en vuestro amor, no nos separemos de Vos por ningún motivo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 31 del libro de la Sabiduría.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es éste, y le alabaremos? Porque

hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por eso sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregación de los santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES

La divina Sabiduría tiene por cosa admirable que los hombres no se dejen llevar del resplandor del oro, ni pongan su esperanza en las riquezas temporales. Estas obras son verdaderamente tan superiores á la flaqueza humana, que, después de decir que es bienaventurado el que las ejecuta, exclama como con una especie de entusiasmo: *Pero ¿quién es éste, y le daremos elogios?* La Iglesia nos propone hoy un varón santo, con cuya conducta desinteresada podemos dar una fácil respuesta. San Juan de Sahagún es uno de aquellos bienaventurados hombres que no dejaron deslumbrar sus ojos con el resplandor del oro, ni puso sus esperanzas en las dignidades ni en las riquezas. Conocía el Santo que éstas no son otra cosa que trabas y grillos que impiden caminar á la felicidad eterna. Por este motivo, con una generosidad poco acostumbrada, renunció beneficios simples, renunció prebendas, y una canonjía en la iglesia de Burgos, que es de las más respetables de España. ¡Qué ejemplo éste tan terrible para todos los ambiciosos y avarientos, principalmente para los eclesiásticos! Estos han hecho profesión de pobreza en el instante en que se dedicaron al templo; entonces publicaron delante de los altares que su posesión y su herencia había de ser de allí adelante el Señor, y el cáliz de amargura y tribulaciones que preparó Jesucristo para todos sus elegidos. Igual profesión es la que hizo el cristiano en el bautismo, renunciando á las pompas del mundo, y haciendo juramento, en presencia de los Cielos y de la Tierra, de que todo su bien y felicidad la colocaba en el nombre de

cristiano. No se ha de negar que el eclesiástico, por su estado, tiene obligación á manifestar mayor desprecio de las riquezas y más desinterés. Las obligaciones del sacerdocio robustecen, confirman y extienden las de cristiano. Pero por esto no se ha de pensar que la virtud de la pobreza, el desprecio del mundo y la obligación de no fijar el alma en los bienes temporales es privativa de los eclesiásticos, quedando á los seglares campo abierto para entregarse al gozo de las riquezas y á las vanidades del mundo.

El Evangelio es del cap. 12 de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos, y sed semejantes á los hombres que esperan á su Señor cuando vuelva de las bodas, para que, en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el Señor los hallare velando. En verdad os digo que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y, pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto: qué si el padre de familia supiera á qué hora vendría él ladrón, velaría ciertamente, y no permitiría minar su casa. Estad también vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensáis vendrá el Hijo del Hombre.

MEDITACIÓN

Dios premia con liberalidad á los que le sirven.

PUNTO PRIMERO.—Considera con qué liberalidad premia Dios todo lo que se hace por su amor. Inspiraciones saludables, auxilios especiales, gracias

superabundantes, el precio de los méritos y de la sangre de un Dios-Hombre, dones sobrenaturales más preciosos que todo el mundo junto; todo esto suele ser premio de una sola obrita de caridad, de un solo acto de amor de Dios, de un solo deseo de la alma justa.

Parece que olvida Dios los infinitos beneficios que nos ha hecho cuando se ofrece ocasión de hacernos otros nuevos, cuando le pone en ella nuestra fidelidad, nuestra buena, correspondencia en su servicio. Cuando da los talentos, da también los medios y la industria para agenciar con ellos, y, si se adelantaron dos, Él recompensa con cuatro. Toda la Escritura está llena de parábolas y de ejemplos que acreditan la liberalidad con que recompensa el Señor los mismos dones que Él nos comunica.

Por haber estado prontos á su voz; por haber dado en su nombre un vaso de agua; por haberle tributado nuestros respetos, la recompensa es un paraíso sin fin, una bienaventuranza eterna, la misma felicidad del mismo Dios. ¡Oh, y cuánta verdad es que Dios todo lo premia como Dios! Y en medio de todo esto, divino Salvador mío, ¿será posible que yo me dedique á servir á otro dueño?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que, aunque Dios no hiciera más que darse por bien servido de que le sirviésemos, quedarían nuestros servicios sobradamente recompensados. En la corte, en el servicio de un príncipe, ¿cuántas veces no se recibe otra recompensa? Estragóse la salud, perdióse la vida, arruinóse la casa en servicio de un monarca, y una palabra obligante ó un mirar con agrado vale un elogio, y no pocas veces se reduce á sólo esto todo el premio. Pero, al contrario, el más ligero acto de mortificación, el más leve sacrificio de un momento, una nada que se haga, ó que se padezca por Dios, al

instante es recompensada con una asombrosa abundancia de bendiciones; el mismo Jesucristo, en el día de la cuenta, no quiere hacer memoria sino de las cosas más comunes, de las de menos esplendor y menos ruido, de las más fáciles. ¡Gran Dios! Un torrente de delicias, océanos inmensos de consuelo, una felicidad eterna é infinita, por un maravedí que se metió en vuestro tesoro; por una visita que se hizo á un pobre enfermo, á un encarcelado; por un acto de religión que no omití, cuando estaba obligado á hacerle bajo gravísimas penas. Y como si todo esto fuera poco, como si no fuera bastante, Vos mismo os obligáis á ser mi recompensa. ¡Oh Dios mío! Y, después de todo esto, tenéis Vos tan pocos que os sirvan, y se hallan tantos á quienes cuesta gran trabajo el servirlos, y se encuentran muchos que son tibios, que son negligentes, que están disgustados en vuestro servicio! ¿Tenemos fe? ¿Estamos bien instruidos en lo que nos enseña nuestra religión ?

¡Qué dolor, Dios mío, qué desesperación será la mía en no haber querido servir á un Amo tan generoso, que cuenta por servicios los deseos! Esto es hecho, y así os lo prometo con toda la sinceridad que me es posible. Os amaré toda la vida; os serviré hasta el postrer aliento con la mayor fidelidad.

JACULATORIAS

Señor, Vos tenéis dicho que será juzgado sin misericordia aquel que no la tuvo de su hermano, perdonándole las injurias.—*Jacob, 2.*

Perdonadme, pues, las ofensas que contra Vos he cometido, así como yo perdono de todo mi corazón á cuantos me han injuriado ó de cualquiera manera se han manifestado enemigos míos.—*Mat., 6.*

PROPÓSITOS

1. Aunque un Dios tan bueno y tan amable debiera ser servido por puro amor y sin el menor interés, pero no es incompatible con la verdadera virtud el fin de la recompensa; antes sirve para avivar nuestra confianza, y para animar nuestro fervor, decía el real profeta David. Aunque vuestros divinos preceptos son todas las delicias de mi corazón, con todo eso, éste se inclina también á guardarlos perpetuamente por el premio que prometéis á los que fielmente los guardan. Tiénete oprimido esa vida retirada, modesta, uniforme y arreglada; tu genio y tus pasiones quisieran estar más á sus anchuras; sientes no sé qué tedio, no sé qué repugnancia á los ejercicios espirituales. Imagínate que Cristo, que la Santísima Virgen, que el Santo Ángel de tu Guarda te dicen lo que aquella generosa madre decía al menor de sus hijos: *Yo te ruego, hijo mío, que vuelvas los ojos hacia el Cielo, y que consideres la grandeza del premio que te está prometido, y la rica corona que te espera.*

2. Cuando te parezca que se te ha resfriado la devoción, da de cuando en cuando algunas ojeadas al Cielo, y piensa en aquellas bellas palabras del Apóstol: *Nuestras tribulaciones, que se pasan en un momento, y son en sí tan ligeras, nos producen un premio eterno de gloria, en grado tan excelente, que es superior á todo merecimiento.* Procura adquirir esta costumbre de mirar al Cielo, y considera el premio que en él te espera, y conocerás cuan bondadoso se muestra Dios con los que le sirven bien.